



PIPO ROCUANT Y LA MUERTE DE OTROS 12 PERIODISTAS

La muerte rondó en torno a Ed-
rda Bello y se le entró de un pisto-
ro, en febrero pasado. Desde en-
ces ha dado su abrazo a trece pe-
riodistas en cinco meses.

El último es Héctor Rocuant, a
quien le faltaban el miércoles.

Veamos la lista impresionante,
que la muerte se ensaña por pe-
ro en uno u otro grupo humano?
ganas de gritar "presente" a cada
uno. El periodista mantiene tratos
amistosos con la muerte ajena, y si
siente a ratos la propia, la sabe
razar con mariguanzas propias del

—Joaquín Edwards

—¡Presente!

—Gonzalo Quezada

—¡Presente!

—Ernesto Ruiz

—¡Presente!

—Carlos Alzola

—¡Presente!

—Roberto Landaez

—¡Presente!

—Enrique Manduca

—¡Presente!

—Robespierre Valenzuela

—¡Presente!

—Adriana Searle

—¡Presente!

—Roberto Luna

—¡Presente!

—Jorge Garay

—¡Presente!

—Victor Bianchi

—¡Presente!

—Ezra Castro

—¡Presente!

—Héctor Rocuant

—¡Presente!

Jorge Garay era periodista típico,
pícaro Edwards, de todo. Típico ade-
más, Adriana Searle se transfiguró de
artista en poeta gremial. Roberto Lu-
na era el apasionado por el progreso
las provincias. ¡Pobres gentes! Vic-
tor Bianchi dibujaba, escribía, editaba
y, sobre todo, reía. Los tratos de
cariño con la muerte fueron heroi-
cos. Sabía que iba a morir, arregló sus
asuntos, fue a La Serena a ver a su
fre, convivió con sus hijos, se vio
le luto, no dejó de venir a este día
su casa. Murió pálido y transpa-
rente, delgadísimo como nunca (no lo
era y misterioso como siempre. Cada

de Carlos Sanhueza y, por cierto, de
Avelino Urzúa. Pero quizás aquél "To-
paze" no hubiera sido lo que fue sin
la chispa humanizante de Rocuant. Lo
llamábamos Pipa, porque tenía la na-
riz puntiaguda y la simpatía y agili-
dad mental del personaje que hacía
la propaganda de los cigarrillos "Pe-
pulares". Era transacción. Nunca una
cólera. Siempre una sonrisa. Un cuerpo
trágico, con enfermedades al corazón y
a los pies —hay que decirlo— y una
mente amplísima de pensamientos que se
divertía con la larvada vida. Se im-
puso sobre debilidades y miserias. Es
curioso. Los tres oradores que lo des-
pidieron hablaron corto, bien y sin
cosas de más. Y los tres pronunciaron
la palabra señorío.

Lo tuvo sin sombreros enbuiacha-
dos, lo transmitió en la palma de la
mano abierta.

Era un dueño. Un día llamó por
teléfono a René Ríos, el talentoso cari-
caturista de Condorito. Ríos, que se
firma Pepo, trabajaba en la oficina pu-
blicitaria de José Estefanía:

—¿Aló, Pepo? ¿Está Pepo? Habla
Pipa. No es papa.

Le gustaban los chistes sencillos.
Pero lo sorprendió una noche antigua
en que había descubierto a Sartre. To-
mó vi tal exaltación. El joven que ha-
cía obritas líricas había recibido un
impacto.

Fue de la época de los que vamos
siendo "antiguos periodistas" o "conoci-
dos periodistas". Es nuestro sino. Los
militares, cuando mueren, son "pando-
nerosos". Los jueces, "integérrimos".
Nosotros nos volvemos "antiguos" o
"conocidos" y nada más.

Volvió con Mario Vargas Rosas,
con Carlos Alberto Martínez. En el ce-
menterio había hablado con el gran
Lucha Córdova y con el gran Américo
Vargas. Sentí a Pipa al lado nuestro.
"Ya somos trece —pensé que decía—.
¿A quién le estará echando el ojo la
muerte ahora?"

En el trayecto nos topamos con un
periodista joven. Nos oyó hablar.

—De qué funerales vienen?

—Del de Pipa.

—¿Qué Pipa?

—Rocuant.

—No lo conozco.

Y una generación viene y otra ge-
neración va. A Pipa, el "conocido",

Pipo Rocuant y la muerte de otros 12 periodistas [artículo] Juan Tejeda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Tejeda, Juan, 1915 ó 6-1972

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pipo Rocuant y la muerte de otros 12 periodistas [artículo] Juan Tejeda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile